Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 30 de Marzo de 1927 No. 81



—No te asustes, mamita, es tinta. Sostuve un combate con otro chico y yo era Kid Charol.

LOS VIENTOS

¿QUE ES EL VIENTO?

En el lenguaje corriente, para significar que una persona es tonta, solemos emplear dos frases sinónimas. Decimos que "no tiene nada en la mollera", o que "tiene la cabeza llena de viento". Para nosotros esas expresiones equivalen a indicar que la cabeza de aquel sujeto está "vacía", pues decir que sólo contiene "viento" nos parece tanto como significar que "no contiene nada". Sin embargo, entre una cabeza donde no haya nada y una que esté llena de viento, media una enorme diferencia, la misma que existe entre un vaso vacío y un vaso colmado de agua; pues el viento, que muchas gentes creen que no es nada, porque no lo ven, es en realidad algo que existe, lo mismo que otro cuerpo cualquiera, y que además tiene una importancia extraordinaria.

El "aire" es una masa flúida que envuelve por completo a la Tierra y está sometida a una perpetua agitación. Toda la vida de los animales y plantas que pueblan el mundo, depende en absoluto de ese elemento invisible. Animales y plantas respiran constantemente. Pero ¿qué es respirar? Es servirse del aire, introduciéndolo en el organismo y expulsándolo después de haber aprovechado sus componentes favorables. Para los hombres sería, pues, tan imposible vivir fuera del aire, como para los peces vivir fuera del agua.

Calentada por el Sol, en determinadas regiones del globo (por ejemplo, los trópicos), y enfriada en otras (tales como en los polos y en las cimas nevadas de las altas montañas), la masa del aire está sometida a grandes presiones y depresiones, que originan en ella impetuosas corrientes viajeras. Estas corrientes diversas, que surcan en varios sentidos la superficie del globo, son los vientos.

Por encima de la llanura del mar, el curso de los vientos conserva, naturalmente, una regularidad relativa, porque no encuentra grandes sinuosidades que tuerzan su marcha. No obstante, cuando en el mar halla obstáculos (islas montañosas, acantilados, etc.) el curso del viento se dobla y levanta para franquearlos. Este fenómeno de elasticidad, donde mejor se observa es en los parajes montañosos de la tierra y al tener que encogerse para atravesar por sus angostas cañadas, las corrientes del aire adquieren un movimiento parecido al que ofrecen las lavas de un cráter volcánico en erupción, las cuales ascienden o remontan por un lado y se abisman por el otro. Si en vez de ser translúcido y por lo tanto invisible, el aire fuese opaco como otros tantos cuerpos, se nos aparecería a la vista a manera de una pavorosa red de corrientes desatadas en el espacio, rodeándonos por todas partes con sus remolinos, levantándose en colosales trombas hasta escalar el cielo, y volviendo luego a caer en cataratas imponentes. Casi nunca —salvo en rarísimos días de absoluta bonanza— lo veríamos resbalar mansa y horizontalmente, como las aguas de un río.



La "brisa" o aire frío que sopla del mar, durante las horas del día.



El fenómeno contrario al anterior, cuando al anochecer, el viento cambia y sopla desde tierra.

Cuentos Orientales de Nasreddin Hodscha

I

Cierta vez el vecino de Hodscha, le pidió a éste el asno para ir a cargar leña en el bosque.

—No puede ser — le dijo Hodscha — porque precisamente anoche se murió el pobre animal.

En ese mismo momento el asno rebuznó en el establo. El vecino le oye y exclama:

—Pero, Hodscha, ¿cómo puedes mentir de esa manera?

Y Hodscha le responde tranquilamente:

—¿No te da vergüenza ser tan mal pensado? ¿Cómo puedes prestar a mi asno más crédito que a mí?

II

Otra vez Hodscha quería encender la estufa; pero no lo lograba. Fué rápidamente al cuarto de su mujer, cogió el velo y volvió a darle aire al fuego; y, efectivamente, obtuvo lo que quería.

—¡Ah!—se dijo, con satisfacción—. De manera que el fuego teme también a mi mujer, como yo; que con sólo verle el velo, cumple con su deber.

III

Hodscha tenía dos mujeres, las cuales en una ocasión fueron a él y le preguntaron a cuál de ellas quería más. Repuso él que a las dos las quería por igual. Pero con eso no se contentaron ellas. Entonces la más joven dijo:

—Si atravesáramos el río en un bote y zozobrara, y nosotras cayéramos al agua, ¿a cuál de las dos sacarías primero?

A esto, Hodscha se volvió a la de más edad, diciendo:

—Si no me engaño, tú sabes nadar un poco...

IV

Una noche entró en casa de Hodscha un ladrón, cogió cuanto a mano encontró y se alzó con ello. Hodscha, desde su cuarto de dormir, le miraba hacer. Finalmente, cuando hubo partido el ladrón, Hodscha cogió todos los objetos que en la habitación de dormir había, salió con ellos de la casa y echó a andar tras del otro. El ladrón iba a entrar en su casa y Hodscha se dispuso a hacer lo propio.

—¿Qué quieres en mi casa?— cha.

—Es que pensé que nos mudábamos de casa, — contestó Hodsle dijo el ladrón.

Fechas que los Niños Deben Conocer

Argentina—25 de Mayo, Constitución; 9 de Julio, Ratificación de la Constitución.

Bolivia — 6 de Agosto, Independencia.

Colombia — 20 de Julio, Independencia; 24 de Julio, Natalicio de Bolívar; 7 de Agosto, Batalla de Boyacá.

Costa Rica— 1o. de Mayo, batalla contra los filibusteros; 15 de Septiembre, Independencia.

Cuba — 20 de Mayo, Independencia; 10 de Octubre, Grito del Yara.

Chile — 18 de Septiembre, Independencia (1810).

Ecuador — 10 de Agosto, Independencia; 9 de Octubre, Independencia de Guayaquil.

España — 2 de Mayo, Aniversario del Levantamiento contra los franceses (1808).

Guatemala — 30 de Junio, Revolución de 1873; 15 de Septiembre, Independencia.

Honduras — 15 de Septiembre, Independencia (1821).

México — 5 de Mayo, Batalla de Puebla; 16 de Septiembre, Independencia (1810).

Nicaragua — 11 de Junio, Guerra civil; 15 de Septiembre, Independencia.

Panamá — 24 de Julio, Natalicio de Bolívar; 3 de Noviembre, Independencia.

Paraguay — 14 de Mayo, Independencia; 25 de Noviembre, Constitución.

Perú — 28 de Julio, Independencia (1821).

El Salvador — 15 de Septiembre, Independencia (1821).

Santo Domingo —27 de febrero, Independencia.

Uruguay — 25 de Mayo, Independencia de Sur América; 18 de Julio, Constitución; 25 de Agosto, Independencia del Uruguay.

..**Venezuela** — 5 de Julio, Independencia; 24 de Julio, Natalicio de Bolívar.

Los Cormoranes

Estas aves viven cerca del mar, en las costas de América, en Europa, en Siberia, etc. Sus lugares favoritos son aquellos en donde hay corrientes de agua rápidas y poco profundas, tales como las desembocaduras de los ríos.

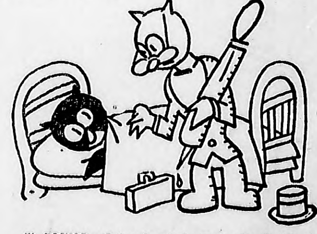
Los cormoranes se reúnen en bandadas numerosas, donde la pesca abunda, y destruyen enormes cantidades de peces. Por eso estas aves son consideradas como nocivas para el hombre, porque los lugares frecuentados por ellas prontos quedan desiertos de toda plobación submari-

Los cormoranes son los más hábiles y temibles pescadores del mundo. Persiguen la presa, en su raudo vuelo, y se sumergen a grandes profundidades con una virtiginosa rapidez. El carácter de estas aves es inteligente y astuto. Soportan fácilmente la cautividad, y por eso los chinos suelen amaestrarlas a fin de servirse de sus incomparables facultades pesqueras.

Para que el cormorán domesticado no llegue a comerse la pesca que coge, su dueño le pasa por el largo y delgado cuello un anillo metálico, de suerte que el ave pueda agarrar la presa con el pico, pero no engullirla. El pescador chino navega en una especie de balsa construída con troncos de bambú, y en compañía de los tres cormoranes que tiene amaestrados. Los va soltando uno tras otro, y a medida que pescan, les quita la presa y los vuelve a soltar. Al mismo tiempo, el pescador chino sostiene en la mano, previsoriamente, una larga caña a cuyo extremo va sujeta una bolsa de red; y con ella acude a recoger, presuroso, en determinadas ocasiones, al cormorán pescador y a la pieza pescada, pues cuando ésta es grande, se desarrolla un verdadero combate entre el pájaro y el pez, y el astuto chino corta la pelea a tiempo. En muchos casos, si se entabla una de esas pugnas, otros cormoranes acuden en ayuda del combatiente, sin perjuicio de que luego se peleen entre sí para disputarse la pieza cobrada.

En resolución: el único ganancioso y el que menos trabaja, es el chino. De cuando, para no descorazonar al animal, su dueño le quita un instante el anillo y le da a comer una partícula de su pesca. ¡Tal es el mísero final del pescador alado!

ZAPIRON SE HALLA ENFERMO



EL DOCTOR.—¿Qué es lo que le pasa, amigo Zapirón, que le veo tan mal?

ZAPIRON.—Es el resultando del Carnaval, doctor, y me encuentro tan grave que ni siquiera podré divertir a los pibes de CRITICA.

(N. de la R.—Este es el motivo por el cual no damos hoy la historieta de Zapirón.)



EL HOMBRE ENANO.—¡A un chico le pegará usted! ¿Por qué no me pega usted a mí?

EL FRUTO DE NUESTROS PEQUEÑOS COLABORADORES



HIST... DE PAJA...



UNA multitud de pájaros de todas especies y colores y de todos los países revoloteaban, gorjeaban o piaban en una inmensa pajarera, establecida en el invernadero de un sustuoso palacio. Por fuera, el frío era muy intenso, y a través de los vidrios empañados por el hielo se divisaba el jardín cubierto con una capa de nieve y cuyos árboles pelados parecían esqueletos.

Los habitantes de la pajarera, sin embargo, no se apercibían de los rigores de la estación desde su brillante vivienda. Al abrigo de la lluvia, del viento y de la nieve, abundantemente provistos sus comederos con semillas escogidas, y llenos sus bebederos de agua clara en medio de la atmósfera templada y del follaje siempre verde y vivo de un jardín de invierno, vivían en un verano y primavera perpetuos.

Así es que todos parecían estar muy alegres y contentos, y daba placer el verlos volar y revolotear continuamente.

Los brillantes matices de las flores en medio de las que vivían, parecían pálidos y eclipsados por los vivos colores de su plumaje, cuyo reflejo y atornasolados cambiaba a cada momento, bien cuando venían a posarse en grupos al enrejado de la pajarera, o bien cuando se posaban en el suelo, que se asemejaba, entonces, a una alfombra sembrada de pedrería.

Algunos de estos seres alados permanecían inmóviles y silenciosos en diferentes sitios retirados, sin tomar parte alguna en los juegos de sus compañeros. Sus finas cabezas tristemente inclinadas se alzaban de vez en vez para echar una ojeada al jardín, en donde algunos pajarillos andaban buscando alegremente su comida por en medio de la nieve. Se diría que aquellos pájaros miraban a estos otros con envidia, y que a pesar de ser su cautividad dorada, y de que nada les faltaba en ella, sentían profundamente la pérdida de su libertad, aun en esa época del año que es tan cruel para las pobres avecillas, y que nada era capaz de hacerles olvidar el aire libre, el inmenso espacio en el que en otro tiempo habían extendido sus alas con todas sus fuerzas.

II

Una niña que había entrado en el invernadero, sin hacer ningún ruido, y había ido a esconderse entre un grupo de macetas de camelias y azaleas, seguía con la vista, con una atención muy marcada, los diversos movimientos y los juegos de los habitantes alados de la pajarera. Sus ojos brillantes se fijaban alternativamente sobre uno u otro pájaro; y en esta manera de mirar, se adivinaba fácilmente el gran deseo que tenía, y aún el proyecto e intención de apoderarse de uno de ellos. Pero sin duda esto debían habérselo prohibido, porque en medio de esta intención tan claramente demostrada en sus miradas y movimientos, de vez en cuando dirigía la vista con alguna inquietud hacia la entrada del invernadero, como si temiera que alguno viniera a interrumpir su contemplación y contrastar sus deseos.

Por último, no pudo contenerse: salió de su escondite, se adelantó hasta la pajarera, abrió la portezuela y alargó la mano, y toda trémula por las encontradas emociones del temor, del deseo y del placer, hizo varios esfuerzos para apoderarse de alguno de los prisioneros. Estos, sin embargo, al ver los movimientos de la niña, fueron a refugiarse al lado opuesto de la pajarera, subiéndose todos a las varillas y posaderas más elevadas de ella.

En ese mismo instante se oyó en el jardín una voz que gritaba:

"¡Enriqueta, Enriqueta! ¿en dónde estás?"

Y la niña, al oír esta voz, toda azorada, confusa y aturdida, retiró su brazo precipitadamente y echó a correr hacia el jardín pero dejando, en su aturdimiento, abiertas las puertas de la pajarera y del invernadero.

III

Cuando el pueblo alado se apercibió de que su prisión no estaba ya cerrada, este descubrimiento produjo entre los habitantes de ella una emoción indescriptible.

¡Huyamos! ¡apresurémonos a huir todos! — exclamó un pitirrojo que algunos momentos antes tenía el aire más melancólico y desalentado, y cuyo cuerpecillo se extremecía ahora de gozo y de osadía —. ¡Ya ha llegado el momento! — gritaba con su vocecilla — de volver a gozar de una vida digna de nosotros; la vida para la que hemos sido criados; ¡huyamos! ¡volvamos a disfrutar del aire libre!

—¡Oh! — le respondió un estornino — no soy yo tan tonto que vaya a salir de aquí para irme a posar en los árboles que no tienen ni una hoja; estando como está la tierra, helada y endurecida, y los arroyos helados, para morirme de hambre y de frío! ¡En buen tiempo nos aconsejas tú que huyamos! No, no: yo prefiero más quedarme en mi jaula.

—Y yo también — dijo un canario — porque encuentro que es mucho mejor y más cómodo el estar calentito y bien alimentado, que no el pasar fríos y exponerse a morir de hambre. Y yo no saldré de aquí.

—La mala estación pasará — le replicó el pitirrojo vivamente, — y no volverá a presentarse quizás en nuestra vida otra ocasión de escaparnos.

—Eso es verdad, exclamaron al mismo tiempo las currucas, los jilgueros, las alondras y otros pájaros; y por muy agradable que sea el bienestar, más preferible es la libertad.

—Cierto es — dijo un pinzón en tono melancólico el cual estaba vacilante entre su repugnancia por la cautividad y el espanto que le causaba el invierno; — pero lo cierto es, — añadió — que hace mucho frío.

En aquel mismo momento, precisamente, entró por la puerta abierta de la pajarera una fuerte ráfaga de un viento glacial; y los canarios, los bengalís y las cotorras de plumaje verde y azulado se agruparon unos contra otros tiritando, lo mismo que el pinzón, y todos estos pájaros fueron a refugiarse al sitio más lejano de la puerta de la jaula.

—Comprendo perfectamente — dijo el pitirrojo, indignado al ver semejante movimiento y al oír tales palabras — la repugnancia de nuestros amigos y compañeros de los países cálidos, y sus temores de morirse de frío y de hambre; pero, ¿no es una vergüenza el que vosotros, que habéis nacido y os habéis criado en nuestro cielo, os hayáis afeminado con los goces de vuestra cautividad, hasta el extremo de preferir esos goces a las nobles fatigas de la vida libre? Por mi parte, yo no desperdiciaré el tiempo, ni la ocasión. Así, el que piense como yo, que me siga. E inmediatamente se salió volando. Una pequeña bandada de otros pajarillos intrépidos, arrastrados por su elocuencia, y animados con su ejemplo, se marcharon con él. El pinzón los siguió con la vista, mirándolos con cierta envidia; pero vacilando siempre entre el calor y el frío, y entre las comodidades de la jaula y los padecimientos de la vida errante, no se atrevió a imitarlos.

Entretanto, una persona que había entrado en el invernadero, al ver la puerta de la jaula abierta, se apresuró a cerrarla; y una ocasión semejante no volvió a presentarse nunca jamás.

IV

En este inmenso universo organizado por el Criador con una inteligencia tan maravillosa, no hay ningún ser viviente, por pequeñuelo o ínfimo que sea, que no tenga alguna misión particular que desempeñar; y la verdadera felicidad de que se puede gozar en este mundo terrestre se halla reservada para aquellos que saben reconocer esta misión y trabajan para desempeñarla como deben.

Así el hombre como el ave, tienen su destino particular. Lo mismo que nosotros, el pájaro tiene que trabajar, que luchar, y hacer el bien, y no gozar necia y tontamente ni adormecerse en la esclavitud. Tiene un papel que desempeñar, y halla su utilidad en el desarrollo armonioso de la naturaleza, de la que forma parte.

Es él, el pajarillo, el que desembaraza los surcos del labrador de los insectos roedores que lo esterilizan; él quien hace la guerra a la oruga invasora y destructora, al aberrojo glotón, a los gusanos rastreros; él quien contribuye a que el trigo eleve sus cañas coronadas y guarnecidas con espigas más gruesas y más llenas, y el que contribuye, también, a que la vid ostente sus ramas más guarnecidas de racimos; y hasta los árboles limpios y desembarazados por su pico fino y acerado de la multitud de parásitos que los devoran, los son deudores de su mayor desarrollo y crecimiento.

El pájaro es, al mismo tiempo, el artista, el poeta, el músico de la creación: tiene secretos que se ignoran, que consuelan y encantan. El menor beneficio que recibe de la Providencia le inspira himnos de alabanza y de acción de gracias, y cantando todo lo que alegra y regocija, triunfa y hace olvidar todo lo que causa pena.

V

Un día que San Francisco de Asís iba caminando en compañía de algunos de sus discípulos, levantó los ojos al cielo y vió posada sobre los árboles del camino, una inmensa bandada de pajarillos. "Esperadme aquí — dijo a sus compañeros —, quiero predicar a mis hermanos los pájaros". Y en seguida estos animalitos dejando las ramas de los árboles, vinieron a posarse en tierra alrededor del Santo, y le escucharon con atención y silencio:

"Hermanos míos, los pájaros — les dijo —; vosotros debéis mostráros altamente agradecidos para con Dios, vuestro Criador; siempre y en todo lugar, debéis alabarle y bendecirle, porque El es quien os ha dado la facultad de volar, y quien os viste. Vosotros no sembráis ni cosecháis y es El quien os alimenta y quien os dá las fuentes y manantiales y los ríos para satisfacer y apagar vuestra sed, así como los árboles y los arbustos para hacer en ellos vuestros nidos. Guardáos, pues, hermanos míos, de cometer el pecado de la ingratitud, y dedicáos a extender las alabanzas del Señor entre todas las criaturas".

* * *

El pitirojo y sus compañeros se alejaron de la ciudad y empezaron a buscar en la campiña desierta un abrigo en donde poder pasar la noche. Antes que las sombras de ella los hubiesen sorprendido, descubrieron una masía (casa de campo) abandonada, y en las rendijas de la pared, apenas cubierta de tierra, encontraron un refugio contra la nieve que empezaba a caer de nuevo.

El frío era muy intenso, y los pobres pajarillos, aunque estrechamente agrupados los unos contra los otros, tiritaban y se estremecían todos sus miembros al recibir las ráfagas penetrantes de un aire del Norte, agudísimo.

—¡Animo — decía el valiente pitirojo! — ¡Animo, amigos míos, que esto ya pasará!

Pero las currucas, con la cabeza metida debajo de sus alas, y medio muertas de frío, se recordaban entonces del suave calor, de la abundancia y del aspecto risueño de la pajarera y dejaban escapar profundos e involuntarios suspiros, de sus pequeños corazones oprimidos.

Cuando los primeros pálidos reflejos del alba comenzaron a anunciar la venida del día y a alumbrar los campos, después de aquella noche borrascosa, una de las currucas, cansada ya de sufrir, declaró, no sin algún rubor, que ella no se sentía con el valor suficiente para pasar tantos trabajos y sufrir tantas privaciones, y que así se volvía a llamar a su antigua prisión, en donde, si la puerta no estaba todavía abierta, de seguro se la abrirían.

En seguida se marchó... Los otros fugitivos la vieron alejarse con tristeza, pero siempre intrépidos y animosos continuaron explorando los campos, y llegaron al fin a una grande alquería en donde se detuvieron mientras que duraron los días malos. Las tejas huecas, los canelones y las bordas del cercado les servían de abrigo por la noche, y por el día, siempre había una mano compasiva que les echaba algunas migajas de pan, o bien iban a recoger lo que las aves de corral les dejaban tomar cuando les distribuían su pitanza. Al mismo tiempo picoteaban las bayas que habían quedado en los matorrales y atrapaban los insectos que el hacha del leñador dejaba a descubierto al cortar la leña en el monte.

Esto estaba muy distante de parecerse a aquellas abundantes y suculentas distribuciones de alpiste, cañamones y otros granos que se les hacían diariamente en la pajarera, pero siempre parece bueno, y aun mejor, lo que uno ha adquirido por sí mismo, con pena y con trabajo. Además, que esto les bastaba para ir viviendo y sostener su ánimo. Por otra parte, empezaban a sentirse ya los síntomas precursores de la bella estación, y cuando apare-



...ORIA UNA ...RERA

cían algunos rayos de sol en un cielo más sereno y claro, volvían a ejercitar sus voces para celebrar la dicha de vivir, y de vivir en libertad.

VI

Con el mes de abril, en fin, volvieron a aparecer las brisas templadas y los días luminosos. Las florecillas de los campos asomaban sus cabezas por encima de la tierra húmeda y blanda, y reemplazaban a la nieve que antes la cubría; los arbustos hacían brotar a sus retoños y se iban cubriendo de follaje poco a poco; de ese follaje ligero que sólo en esa estación flota como un vapor entre sus ramas, o como una ligera gasa: volvían a correr los arroyos, murmurando entre guijas, debajo de los árboles; empezaron o revolotear las mariposas, y el aire se pobló de esa multitud de insectos alados de todos colores y tamaños; aparecieron las golondrinas en escuadrones formados, anunciando con sus alegres gorjeos la vuelta del buen tiempo de verano. Los rebaños abandonaron sus establos para ir a pacer la tierna hierba en la montaña, y el aire resonó en todas partes con el argentino tin tin de las esquilas y cencerros, con el zumbido de las hondas y con el alegre canto de los pastores y zagales.

¡Oh! con qué intenso placer gozaban nuestros pajaritos de este renacimiento universal de la naturaleza, después de haberlo esperado con tanta ansia y haber arrostrado con animoso corazón tantos peligros, y sufrido tanto! ¡Cuánto se felicitaban ahora de haber abandonado la jaula en donde debían haber pasado tristemente su vida, siempre encerrados, sin haber vuelto a conocer de nuevo esos goces sin igual de la primavera! ¡Con qué deliciosa fruición bendecían al etéreo espacio remontándose con sus alas casi adormecidas durante tanto tiempo por una cautividad prolongada, y con qué trinos y admirables gorjeos, inspirados por la dicha de que gozaban, alegraban la naturaleza!

Todo era para ellos motivo de

las cosas maravillosas que nuestra imaginación no puede representarse; y luego, ebrios con la agitación y el movimiento, con la luz, con lo infinito, volvían a descender a la tierra, y contaban a sus compañeros, en trinos melodiosos, las maravillas que habían visto, y narraban con no menos deliciosos gorjeos el encanto de que habían gozado, a las otras criaturas terrestres que no tienen alas, y que viviendo aquí abajo en un continuo trabajo, necesitaban quien dulcificara sus penas contándoles las bellezas de lo alto.

De esta manera consolaban ellos, tan pronto a un perro, cuya fidelidad y adhesión a la casa había sido recompensada a latigazos; tan pronto a un robusto buey brotando sangre por los pinchazos con que el labrador aguijoneaba su natural pesadez; otras veces a un pobre borriquillo que tropezaba a cada paso, abrumado por la pesada carga que llevaba, y otras, en fin, a la inocente cierva a quien un inhumano cazador había privado de su compañero. Hasta el hombre mismo sentía la influencia de sus cantos de alegría.

Cuando el jornalero ocupado en desmenuzar las piedras de la calzada se enjugaba el sudor que esta ímproba tarea hace correr por su frente; cuando la costurera a quien el alba encuentra todavía dando puntadas, pálida y desanimada deja caer su labor sobre el regazo, vencida por la fatiga; cuando el pobre huérfano se detenía con timidez delante de una puerta sin atreverse a llamar, algún pajarillo posado sobre una cornisa o sobre las ramas de un árbol cercano, les cantaba una canción tan dulce y melodiosa, que el corazón de este desgraciado, al oír aquel canto, se sentía aliviado; y el jornalero, la costurera y el huérfano recobraban ánimo, y mirando al músico alado que había venido a visitarles como un amigo y bienhechor, levantaban su corazón a Dios que velaba sobre ellos, no se sentían ya tan abandonados, y le alababan y le daban gracias por haberle curado.

VII

De todas estas obras, sin embargo, la más grata y la que más llenaba de dicha los corazones de nuestro pitirojo y de sus compañeros era la preparación del nido.

Después de haber buscado un sitio conveniente en las altas copas de los árboles, o detrás de una espesa cortina de follaje formado por las plantas trepadoras, o en el fondo de un seto, para establecer en él el retrete misterioso adonde debían conducir a la compañera que se habían elegido, los pajarillos iban llevando a aquel lugar, con una viva y encantadora alegría, los copitos de lana dejados por las ovejas en los arbustos y zarzales, las hebras de fino musgo y suaves pajitas, el oloroso heno para formar y preparar con estos materiales el blando y caliente lecho de la familia que debía nacer.

Y luego que estuvo concluído el nido, bien calentito y resguardado, y cuando la hembra puso en él sus huevos de cascarón azulado; cuando los empolló debajo de sus alitas, y que su compañero, para distraerla, hacía resonar el aire con sus trinos y más melodiosos gorjeos, posado en las ramas de un árbol o arbusto vecino, empezó para ellos una serie de deliciosos placeres.

Los pajarillos fueron saliendo uno a uno de su hermético encierro, muy admirados de ver la luz del cielo; mas familiarizándose poco a poco con las cosas de la vida, miraban con un ojo curioso todo cuanto los rodeaba y llenaban el aire con cierto tartamudeo melodioso que hacían oír a las horas bien conocidas para ellos en que sus padres venían a traerles su comida.

Sus fuerzas se fueron aumentando de día en día, sus cuerpecitos se desarrollaron, y el vello que los cubría se fué cambiando en plumas finas y sedosas que les permitieron aventurarse a salir de su nido.

Cada transformación que los padres veían, cada progreso que hacían les llenaba de gozo y alegría; y esta alegría fué mayor todavía cuando, después de haber abandonado el nido, fueron a posarse los hijuelos al lado de los padres en las ramas de los árboles vecinos, y empezaron en unión con aquellos, y adoctrinados por ellos, a hacer trinos y gorjeos. Por último, robustos y enseñados, los tiernos pajarillos, capaces ya de buscarse su subsistencia ellos mismos, se lanzaron sin temor en el espacio, y fueron a aumentar el número de los cantores aéreos.

¡Qué de goces innumerables dieron a nuestros pajarillos rodeados de la nueva familia esos hermosos días de verano en que los campos prodigan tan abundantemente sus riquezas a todas las criaturas! El invierno mismo cuando volvió a aparecer cubierto con manto de tristeza, aun en medio de sus más crueles y rigurosas intemperies, no pudo borrar el recuerdo de las delicias pasadas; y la esperanza de volver a ver renacer la primavera bastaba sólo para hacerles la vida alegre y llevadera.

VIII

Después de haberse pasado ya algunos inviernos y primaveras, nuestro pitirojo se sintió movido por la curiosidad de ir a visitar su antigua prisión: la suntuosa pajarera. Torna su vuelo, pasa por encima de los tejados de la ciudad, mira y reconoce al fin el palacio, y el jardín; se posa en uno de los árboles de éste, y desde allí observa y mira.

Como era en tiempo de verano, las celosías y vidrieras del invernadero estaban enteramente abiertas, y esto permitía oír desde lejos el confuso canto y algarabía de los habitantes de la pajarera, a los cuales se les veía revolotear, por entre las varillas, y el enrejado de alambre dorado.

El pitirojo he adelantó con osadía y se posó en uno de los arbustos del invernadero.

Mientras que los prisioneros miraban con no poca admiración a aquel recién venido, éste apercibió al pinzón, su antiguo y vacilante compañero.

Estaba en un rincón enteramente solo, con un aire tan indiferente por todo lo que lo rodeaba, y tan cambiado, en fin, que costaba mucho trabajo el reconocerle. Se había puesto muy gordo, sus ojos habían perdido su ordinario brillo, tenía la cabeza casi hundida entre las alas, y todo su cuerpo no presentaba ya la forma de los pájaros de su especie: de modo que aquel conjunto de plumas y de grasa tenía un aspecto tan ridículo y miserable que daba lástima el verlo.

—"¡Buenos días, amigo mío!" le gritó el pitirojo con su vocecita, y en el tono más amable.

—¿Quién eres tú? le preguntó el pinzón con una voz cascada, volviendo hacia él su cabeza obtusa, no sin alguna dificultad. Y su pálida mirada examinaba con melancólica sorpresa el aire tan despejado del atrevido pajarillo.

—Soy, le contestó éste, tu antiguo compañero, el pitirojo que se escapó hace cuatro años.

—¡Ah! ¡eres tú! volvió a responderle el pinzón, haciendo un esfuerzo que pareció reanimarle un poco; ¿te has cansado ya de tu vida miserable e independiente y quieres volver a habitar con nosotros?

—De ninguna manera. Vengo solamente a hacerte una visita, y en seguida me volveré a mis bosques. Me encuentro allí demasiado dichoso para que piense en dejarlos nunca.

—¡Demasiado dichoso! repitió el pinzón comprimiendo un suspiro. Ahora sí lo creo, pero ¿en el invierno?

—Es verdad; el invierno es trabajoso el pasarlo; pero los grandes goces no se conquistan nunca sin tener que arrostrar grandes dificultades y sufrir algunos padecimientos; y las delicias que nos trae la primavera compensan muy superabundantemente las privaciones y los rigores del invierno.

El pinzón permaneció mudo y pensativo durante algunos momentos; después volvió a preguntarle con acento y tono vacilante:

—¿Sois verdaderamente dichosos durante todos los días del buen tiempo?

—¡Cómo! Y ¡tú me lo preguntas! exclamó el pitirojo.

Y en seguida empezó a referirle, con elocuencia seductora y con fuego, todas las alegrías y los goces de que disfrutaban él y sus compañeros.

Los otros habitantes de la pajarera se habían ido aproximando para oír el coloquio de los dos amigos. Habían cesado los trinos y la confusa algarabía, reinaba en la prisión dorada un profundo silencio, y todos escuchaban al pequeño, pero elocuente narrador con la mayor atención, y con profunda emoción, lo mismo, los grandes que los pequeños, el himno de triunfo de su animoso y antiguo compañero.



En su interior comparaban la existencia tan fecunda y tan accidentada de aquellos hijos de la libertad, con la que ellos tenían tan monótona... tan muelle... y tan vacía de accidentes y peripecias prósperos o adversos; y sus corazoncitos se oprimían de tristeza.

El pinzón, con la cabeza baja, escuchaba sin decir una palabra. De vez en cuando, solamente, vencido por la emoción, se veía agitarse su pecho, y se notaba que comprimía sus suspiros. En fin, cuando el pitirojo terminó su relación y que se dispersaron los oyentes, el pobre cautivo se puso a llorar.

—¿Por qué lloras? le preguntó sus corazoncitos se oprimían de los campos.

—Lloro, le respondió el pinzón, y me lamento por mi amor excesivo al bienestar, por mi cobardía que me han privado el gozar de una noble independencia, y me han hecho preferir la vergonzosa habitación de una jaula a las luchas, a los combates y a los goces de una vida libre. Lloro por mí mismo que, después de haber pasado algunos años en una vida envilecida por la cautividad, voy a morir de fastidio... de tedio... como murió, hace dos años la curruca que os abandonó en el camino..."

Los sollozos le ahogaban, y se vió obligado a detenerse. Después de algunos momentos, continuó:

—"Yo estoy muy gordo... muy gordo, es verdad, y nunca me ha faltado nada. No he pasado hambre, ni sed, ni frío; pero, a pesar de eso, me siento enfermo, casi no tengo voz, y se ha embotado mi inteligencia. Yo no he padecido como vosotros, pero tampoco he cantado, ni amado; mi única ocupación ha sido la de comer como un glotón, y ahora voy a morir sin dejar una familia, sin tener un amigo, y ni siquiera un recuerdo que aliente mi corazón... Déjame, añadió, lleno de angustia y opresión su pecho: tu vista sola redobla mis remordimientos, y me hace mucho mal..."

Y ocultando la cabeza debajo de sus alas, ni volvió a decir una palabra, ni a hacer el menor movimiento.

Sus compañeros de cautividad habían vuelto a continuar con indolencia sus revoloteos y sus insípidos gorjeos, o más bien con fusa algarabía, y el pitirojo, conmovido profundamente por la compasión que le causaba su amigo, y sintiéndose impotente e incapaz para remediar, ni aun consolar un infortunio irremediable, se salió del invernadero y con rápido vuelo volvió a dirigirse hacia los bosques en donde su independencia, su arrojo y su fe en el criador le habían hecho conquistar una dicha tan pura y verdadera.



LA CURIOSIDAD

PUES señor: un día cierto rey se perdió en un bosque donde se hallaba de caza; y buscando la salida para que no lo sorprendiera la noche, halló un camino muy estrecho y lleno de maleza.

Comenzó a andar por él con mucho cuidado, y a los pocos pasos oyó hablar. Se aproximó al lugar del que partía, y vió un hombre y una mujer que cortaban leña.

La mujer decía a su marido:

—¡Qué mala ha sido nuestra madre Eva! ¡Por qué comería aquella manzana! ¡Si ella no hubiera desobedecido a Dios, no nos veríamos condenados a trabajar todos los días y a ganar el pan con el sudor de nuestra frente.

El leñador le respondió:

—Si Eva fué glotona, su marido Adán fué un estúpido, pues hizo lo que ella le aconsejó. Si yo hubiera estado en su lugar, y me quisieras hacer comer el fruto prohibido, le hubiera suministrado un sofión.

El rey se presentó entonces delante de ellos, y les dijo:

—Vosotros sufrís bastante trabajos, mis pobres amigos, ¿no es verdad?

—¡Oh, ya lo creo! — exclamaron ellos sin conocer al rey. — Trabajamos desde el amanecer hasta la noche, y apenas ganamos lo necesario para comer.

—Venid conmigo, yo os procuraré los medios de vivir sin trabajar.

En aquel momento llegaron los oficiales de la comitiva real, y los pobres esposos se encontraron asombradísimos reconociendo su fortuna.

Cuando se hallaron en palacio, hizo el rey que se les diesen buenos trajes, habitaciones y servidumbre; todos los días les eran servidos en la mesa doce platos diferentes y exquisitos manjares.

Al cabo de un mes, en lugar de estos doce platos tuvieron veinticuatro, más en medio de la mesa se puso uno cubierto.

La mujer, que era curiosa, quiso descubrir el plato desde luego, pero un oficial que se hallaba presente, le dijo que el rey había prohibido que fuese tocado y no permitió que los esposos vieran el contenido.

Cuando salieron los criados, observó el marido que su mujer no comía, y que estaba muy triste.

—Nada de lo que hay sobre la mesa me gusta — contestó la mujer—; tan sólo quisiera comer de lo que encierra ese plato cubierto.

—¡Diablo! — exclamó el marido con gravedad—; no pienses en ello, mujer; ¿no has oído que el rey nos ha prohibido el tocarlo?

—¡El rey!... el rey es injusto —afirmó la mujer—; pues si no quería que de él comiésemos no debiera haberle mandado poner en nuestra mesa.

Y empezó a llorar amargamente, diciendo que moriría si su marido no consentía en descubrir el plato.

Cuando el esposo vió las lágrimas de su mujer, y quien amaba de corazón, no vaciló en calmar su pena y en el momento descubrió el plato.

Un ligero pajarillo saltó de repente de aquel reducido espacio, y huyó revoloteando por la estancia. En vano el hombre y la mujer corrieron a cogerle; después de haberse fatigado sin fruto, el pájaro logró escapar, a tiempo que el rey se presentó en la estancia.

—¿Dónde está el pajarillo? — preguntó el monarca.

—Señor — respondió el marido —mi mujer me instó para que descubriese el plato, y yo, por no verla sufrir, la he obedecido dando lugar a que escape el pájaro.

—¡Hola, hola! — dijo el rey — ¿eras tú el que decía que en el lugar de Adán hubieras dado un sofión a tu mujer? Y a tí, mujer curiosa y glotona, ¿no te bastan veinticuatro manjares diferentes, y, como Eva, quisiste abusar de la liberalidad de tu bienhechor y comer del fruto que te había prohibido? Andad, volved a trabajar al bosque, y no censuréis a Adán y Eva, puesto que habéis cometido una torpeza parecida a la que de ellos criticásteis.

LA CAJA DE ORO

EN tiempos de Tang vivía en el campamento de Ludschu un conde. Tenía éste una esclava que sabía tocar muy bien la cítara; sabía también leer y escribir y por eso el conde la utilizaba para que le escribiese sus cartas reservadas.

Un día se celebraba una gran fiesta. La esclava dijo: El timbal grande suena muy triste hoy; seguramente le ha ocurrido una desgracia al timbalero".

El conde mandó venir al timbalero y le preguntó.

—Se ha muerto mi mujer — respondió el timbalero — pero no me atrevía a pedir permiso; por eso involuntariamente sonaba tan triste mi timbal. El conde le permitió irse a casa.

En aquel tiempo había muchas luchas y rivalidades entre los condes que vivían en las márgenes del río Amarillo. El emperador quería poner paz entre ellos procurando que las familias de los condes se enlazasen unas con otras. Así la hija del conde de Ludschu se había casado con el hijo del conde de Webo. Pero no por eso cesaba la discordia. El viejo conde Webo estaba delicado de los pulmones; empeoraba en cuanto venía el calor, y solía decir: ¡Oh, si tuviera Ludschu! Aquello es mucho más fresco. Acaso mejoraría.

Congregó, pues, tres mil guerreros, les dió buena paga, consultó el oráculo sobre el día a propósito para la expedición, y se preparó a apoderarse de Ludschu por las armas.

Estas noticias llegaron al conde de Ludschu. Andaba día y noche preocupado, sin encontrar remedio. Una noche, cuando ya habían quitado el reloj de agua y cerrado la puerta del campamento, paseábase por el patio apoyado en su bastón. No le acompañaba más que su esclava.

—Señor — dijo la esclava. Desde hace un mes has perdido el sueño y las ganas de comer. Llevas tu dolor triste y solitario.

Me sorprendería que la causa no fuese Webo.

—Es un duelo a vida o muerte — respondió el conde —. Vosotras las mujeres no saben nada de eso. Yo no soy más que una mísera sirvienta — dijo la esclava — y sin embargo he adivinado la razón de tus preocupaciones.

El conde reconoció que sus palabras no carecían de sentido y dijo:

—Tú eres una muchacha extraordinaria. En efecto, estoy pensando en la manera de salir del apuro. La esclava dijo: Eso es muy fácil y no necesitas preocuparte. ¡Señor! Yo voy a Webo a enterarme de lo que ocurre. Es la primera guardia de noche. Saliendo ahora, puedo estar de vuelta para la primera guardia. Si no consigues tu propósito — dijo el conde — apresuras mi desgracia. .No es posible el fracaso — repuso la muchacha.

Luego se fué a su habitación, para hacer los preparativos del viaje. Peinó su cabello, negro como ala de cuervo; se hizo un moño y lo sujetó con una horquilla de oro. Se puso un vestido corto, bordado de púrpura, y unos zapatos de seda negra. Escondió en el pecho un puñal con líneas de dragón y en la frente se inscribió el nombre del gran Dios. Luego le hizo una reverencia al conde y desapareció.

El conde se escanció vino, para esperarla. Cuando sonó el cuerno de la mañana, la esclava se inclinaba ante él levemente, como una hoja que flota en el aire. ¿Ha ido todo bien? preguntó el conde. No he sido indigna de la comisión — respondió la muchacha. ¿Has matado a alguien?

—No, no he llegado a tanto. Pero me he traído como prenda la caja de oro que el conde guarda a la cabecera de su lecho.

El conde pidió detalles y ella comenzó a contar: Al sonar el primer redoble del tambor, me puse en camino y tres horas antes de media noche había llegado a Webo. Al pasar por la puerta ví que la guardia dormía. Sus ronquidos resonaban como truenos. Los centinelas del campamento paseaban arriba y abajo y yo penetré en la alcoba del conde, por la puerta de la izquierda. Estaba tendido de espaldas, detrás de la cortina, dormía dulcemente. Al lado de la almohada había una preciosa espada y, junto a ella, una caja de oro. Dentro de ella, unos papeles en uno de los cuales estaba apuntado su edad y la fecha de su nacimiento y en otro el nombre del dios de la osa mayor. Encima había esparcidas perlas. Las antorchas, que alumbraban el aposento, arrojaban un débil resplandor y los incensarios estaban a punto de apagarse. En derredor yacían las esclavas dormidas. .Podía quitarles las horquillas y levantarles los vestidos sin que despertasen. La vida de tu pariente estaba en mis manos; pero no me sentí con fuerzas para matarle. Por eso cogí la caja de oro y me marché. Al terminar mi camino el reloj de agua señalaba la hora tercera. Ahora manda ensillar a toda prisa un caballo, y envía un hombre a Webo a devolver la caja. Este hará reflexionar al señor de Webo, que renunciar a sus planes de conquista.

El conde entonces mandó a un oficial que partiese a escape, a caballo, a Webo. Galopó todo el día y toda la noche y llegó. En Webo, reinaba gran excitación a causa de la pérdida de la caja de oro. Se había registrado cuidadosamente todo el campamento, cuando el mensajero llamó con su fusta a la puerta pidiendo ver al señor de Webo. Por venir a hora tan desacostumbrada, supuso el señor Webo que traía alguna noticia importante y salió a recibirle. El mensajero le dió una carta en la, que se leía: "Ayer noche llegó un desconocido a mi casa. Me contó que había cogido con su propia mano la caja de tu cama. No me atrevo a retenerla y por eso te envío este mensajero, para devolvértela lo antes posible! Al ver el señor de Webo la caja de oro se asustó mucho. Llevó al mensajero a sus habitaciones, le regaló con una comida copiosa y lo recompensó abundantemente:

Al día siguiente, despachó al mensajero y le dió treinta mil fardos de seda y cincuenta cuadrigas de las mejores, como regalo para su señor. También le dió esta carta para el conde Ludschu:

"Mi vida estaba en tu mano. Te doy las gracias por haber sido clemente. Me arrepiento de mis intenciones y prometo enmendarme. De hoy en adelante habrá entre nosotros paz y amistad eternas, y no tendré nunca pensamientos hostiles contra tí. Los soldados que he reunido me servirán para protegerme contra los bandidos. Ya los he desarmado y los he enviado a los campos".

De allí en adelante reinó una cordial amistad entre los dos parientes del Norte y del Sur del río Amarillo.

Un día la esclava vino a despedirse de su señor. .Pero éste dijo: Has nacido aquí en casa ¿Adónde quieres irte? Además me eres indispensable y no puedo pasarme sin tí.

"En mi vida anterior — dijo la esclava — era yo un hombre. Era un médico que curaba a los enfermos. Un día vino a verme una mujer embarazada que padecía de gusanos. Por equivocación le dí a beber un veneno y se murió, con su hijo. Esto me atrajo el castigo del señor de los muertos y renací en forma de sirvienta. Sin embargo recordé mi vida pasada anterior; procuré dirigir bien mi conducta y hallé un extraño maestro de quien aprendí el arte de manejar la espada. llevo ya diez y nueve años sirviéndote.

Por tí, fuí a Webo consiguiendo que se restableciese la paz entre tí y tus parientes. Salvé así la vida de miles de hombres. Esto es para una débil mujer un mérito suficiente a rescatar mis culpas anteriores. Ahora quiero retirarme del mundo y refugiarme en la soledad de las montañas, para dedicarme, con el corazón limpio, a mi santidad. Acaso así consiga volver a mi antiguo estado. Por eso te ruego que me dejes marcharme".

El conde comprendió que no podía retenerla por más tiempos. Preparó un gran banquete de despedida y convidó a muchos huéspedes. En la mesa había algunos caballeros nombrados: todos celebraron a la esclava con brindis y poesías.

El conde no podía dominar su emoción y también la esclava se inclinaba sollozando. Luego se apartó silenciosamente de la mesa y nadie sabe dónde se se ha refugiado.

EL GERANIO

Habiendo plantado Ramón un geranio en una maceta, lo tenía en su cuarto y lo cuidaba con cariño. Por la mañana lo sacaba al balcón, y por la noche lo entraba para resguardarlo del frío. Se descuidó una noche y se le heló el precioso geranio. Al verle las hojas marchitas se echó a llorar Ramón y dijo sollozando: "¡Qué lástima!; un solo descuido me ha quitado mi geranio". Oyéndole su padre, le dijo: "Hijo mío, que te sirva de lección este suceso; acuérdate de que tu mayor tesoro es la inocencia, y puedes perderla en un momento; por lo tanto, si quieres conservar sana tu alma, debes estar en continua vigilancia".

• •

CARRERAS RE AROS

Se determina la meta, o final de la carrera, y todos los que en ésta deben tomar parte se ponen en fila, esperando la señal de partida, provistos d esus aros. Luego parten corriendo todo lo que puedan, a la vez que hacen rodar sus aros, y el primero que llega a la meta es el que gana.

Para hacer la carrera más animada y alegre, suele seguirse el sistema de cambiarse los aros antes de partir; entonces gana aquel cuyo aro propio llega el último.

En este caso cada uno procura entorpecer la carrera del que maneja su aro, lo que hace el juego mucho más divertido.

• •

FABULAS DE ESOPO

El ladrón y el perro

Al entrar de noche un ladrón en una casa, empezó a ladrar el perro que había en ella, y para que callase, le echó el malvado un pedazo de pan. Díjole entonces el perro:

—¿Por qué me das este pan? ¿Me lo das para hacerme un obsequio o para engañarme? Si matas o robas a mi amo y a su familia, aunque ahora me des pan para que me calle, luego tendré que morirme de hambre, por eso más me conviene ladrar y despertarlos que comerme el pedazo de pan que me ofreces.

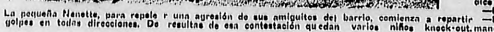
"Muchos arriesgan la vida por un fútil beneficio. El que no tiene prudencia abandona lo mucho por lo poco. Siempre deben infundir sospechas los beneficios de los malvados".

• •

CARRERAS DE AROS CON OBSTACULOS

Para este juego se traza un camino en el campo, y a distancias regulares se clavan en el suelo palitroques cortos, separados unos de otros en cada grupo, sólo por algunos centímetros. Estos son los obstáculos. Si no hubiera palitroques se emplearán piedras. Los jugadores han de hacer la carrera con su aros, haciéndolos pasar por entre los palos o las piedras. Cuando no lo consiguen se les cuenta un punto o tanto en su contra. Después de dadas tres vueltas, el jugador que tiene menos tantos en su contra, es el que gana la carrera. Esta no debe ser a toda velocidad, sino llevándose un paso ligero moderado.




La pequeña Nenette, para repeler una agresión de sus amiguitos del barrio, comienza a repartir golpes en todas direcciones. De resultas de esa contestación quedan varios niños knock-out.


Lulú está en contemplación delante de la jaula de los monos:

El padre le explica lo que es un cuadromano.

—¿Y no tienen piano, papá?— dice Lulú.

—Piano, los monos, ¿para qué?

—Para tocar solos a cuatro manos.

JUEGOS DE EQUILIBRIO

La varita de Miller

TOMAMOS de la excelente obra de Decremps la explicación de los siguientes juegos de equilibrio:

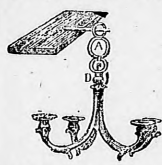
El señor Miller, teniendo horizontalmente una varita, cuyo exremo apoyaba en una chimenea, sosteniendo el otro con la mano, nos dirigió estas palabras:

—¿Creéis, señores, que esta varita conservaría su posición actual, si cesase de sostenerla con la mano?

—Daría, infaliblemente, una voltereta, la replicamos a una voz.

¿Creéis, continuó el señor Miller, que se tendría mejor si el extremo que yo tengo se hiciese más pesado por la adición de un cuerpo grave, que no se apoyase en ninguna parte más que en el extremo de la varilla, del que quedaría suspendido?

Se le respondió que no pudiendo la varilla sostenerse ella misma, mal podría soportar un pe-



so que se añadiese de ese modo.

—Vais a ver en seguida lo contrario, dijo el señor Miller, colgando una silla del extremo de la varita en la posición que representa la figura.

Entonces vimos una experiencia muy sencilla contra la cual hubiéramos aceptado, un momento antes apuestas considerables, si el señor Miller hubiera sido hombre de proponerlas.

—El simple anuncio de este experimento, dijo el señor Miller, es una especie de paradoja física para todos los que no han visto su ejecución; pero en seguida que se ve, un hecho cuya expresión parece contrariar las leyes de la naturaleza, nos resulta, por el contrario, muy conformo con ellas y cada uno dice: "yo haría lo mismo".

Para hacer esta experiencia más atractiva y mucho más misteriosa a los ojos de los que son testigos de ella, he hecho algunas modificaciones.

Entonces nos presentó una araña de cuatro brazos que tenía en la parte superior de su vástago una bola con una abertura cilíndrica horizontal. Nos dijo que haciendo entrar un extremo de la varilla por esta apertura y apoyando el otro, como antes, sobre la chiminea, la araña, como la silla, quedaría suspendida; pero que este experimento no resultaría más que entre sus manos.

En efecto, el señor Hill no pudo conseguir la suspensión de la araña, porque no entraba bajo el punto de apoyo más que una sola rama, mientras las otras tres, impulsadas hacia fuera por una gran fuerza y aproximándose, formando un arco, al centro de atracción terrestre, hacían inclinar y deslizar la varilla sobre el borde de la chimenea. Quedamos sorprendidos al ver que este mismo obstáculo no existía para el Sr. Miller.

Pero más lo quedamos todavía cuando nos dijo que si queríamos intentarlo otra vez, haría resultar o fallar el experimento, a su voluntad y sin tocar nada. Yo tomé entonces la araña, pero en vano.

Dos minutos después el señor Miller me dijo:

Pruebe usted otra vez; quiero ahora que la araña y la varita se sostengan en el aire, siempre, añadió, que haya usted sido bueno durante veinticuatro horas". Y desde este momento conseguí hacer el experimento tan bien como él.

—Pienso, dijo el señor Hill, que la araña no está compuesta de materia homogénea.

—Tiene usted razón, contestó el señor Miller.

Y en seguida, para no tenernos más en suspenso, nos dió la explicación que sigue:

"Cuando pongo en vuestras manos la araña, la rama A, que entra en la chimenea, es del mismo peso que las demás y cede al esfuerzo reunido que las tres hacen para aproximarse al centro de la tierra; se eleva describiendo un arco, a medida que las otras descienden, y la varilla, que baja en la misma porporción, se escurre sobre la chimenea y cae a tierra; pero cuando quiero hacer yo mismo la experiencia, pongo ocultamente en el candelero,



en el extremo del brazo A, una bala de plomo que tendiendo hacia la tierra con tanta fuerza como las otras tres ramas, las impide avanzar bajo el punto de apoyo. La varita no puede dejar entonces de estar paralela al horizonte y por consecuencia, no puede caer.

"Cuando quiero que falle o que resulte el experimento en vuestras manos, sin tocar la araña, la sustituyo con otra cuyas ramas tienen el mismo peso, como las de la anterior: la experiencia no puede verificarse sin añadir un cierto peso a la que avanza bajo la chimenea. He aquí el medio que empleo para hacer esta rama más pesada, sin tocarla.

"Mientras intentáis hacer la experiencia, cierta cantidad de mercurio que llena la bola A, pasa a la B, en el espacio de tres o cuatro minutos. Tan pronto como el mercurio ha subido en esta segunda bola hasta el punto C, se entra todo, según las leyes de la hidrostática, por el sifón B C D, y pasa un instante a la bola E, donde produce el mismo efecto que la bala de plomo en la primera araña; por este medio la experiencia resulta entonces, aunque no había podido verificarse dos o tres minutos antes; y como ordeno, al empezar, que no se verifique, hay quien imagina que puedo hacer fracasar o verificarse la experiencia por mi sola voluntád, sin emplear medio físico alguno".

UN MARTIR

Por J. XAUDARO



—Oye, reverendo: Nos han dicho que te van a comer mañana.
—Sí, hijos míos, sí; y si sois buenos, os darán un poquito.

LA BIBLIOTECA IMPERIAL CHINA

Parece que el anciano emperador chino, relegado con su familia en la ciudad imperial (defendida por altas murallas y de una superficie considerable), se ve reducido por falta de dinero, a liquidar los tesoros acumulados a través de los siglos.

Entre ellos se encuentran los manuscritos y obras más antiguos en números de varios miles y se podría decir que son más antiguos los unos que los otros.

Entre esas obras se citan los textos completos de cuatro colecciones literarias. No existen más que cuatro ejemplares de esta obra, uno de los cuales pertenece a la ciudad de Moukden, y que el Japón quisiera comprar. Su precio es de 1.200.000 dólares.

De nuestro concurso del "Cuento sin final"

RESULTADO DEL ONCE CONCURSO PARA LOS PIBES

Tal como ocurrió con los anteriores concursos de "cuento in final", el número once, que publicamos en CRITICA PARA LOS PIBES del miércoles próximo pasado, mereció especial atención de parte de nuestros amiguitos. Lo mismo que en las ocasiones anteriores han sido numerosos los finales que nos han enviado, y la mayoría de ellos muy acertados. La libra esterlina ha correspondido esta vez a un pibe. Tiene 13 años de edad y se llama Pedro Perri.

El final que nos envió, y que publicamos a continuación, es muy ajustado a la terminación original de nuestro cuento.

SILVAPURA quedóse fascinado ante aquel inesperado accidente un breve momento. pasado ésto se dirigió hacia la reja. hizo esfuerzos para poder abrirla pero no logró su intento, buscó por todos los rincones de su encierro por si había algún otro secreto ignorado por él pero todo fué en vano. de pronto un cansancio invadió todo su cuerpo y pensando que se encontraba en un lugar que le era imposible salir quedóse profundamente dormido.

Al cabo de una hora un ruido confuso de pasos lo despertó, paróse asustado y recordando su pasado grito para que los poseedores de esos pasos lo sintieran y vinieran a salvarlo. pero sus llamados no obtuvieron respuesta y Silvapura asustado al ver que sus gritos no eran respondidos por ninguno, se quedó mirando hacia su tesoro a pesar de tanto valor que tenía. en esos momentos no le servían para nada y se quedó pensativo.

De pronto un golpe producido tras de él lo dejó confuso y dándose vuelta vió que la reja se abría y por su abertura pasaban dos jóvenes, que al encontrar a él allí se quedaron mudos de asombro. sin atinar a saludar tan siquiera.

Silvapura habló primero. disimulando su alegría de que aquellos jóvenes le habían salvado la vida. porque se imaginó que vendrían allí a robarle su tesoro y hacerle alguna revelación. Con un tono salvaje les preguntó: ¿con qué autorización y con qué fin se han atrevido Vds. a entrar en mi propiedad y de qué forma se han arreglado para abrir mis secretas puertas?

Sin perder un momento los jóvenes contestaron los dos a la pregunta de Silvapura. diciendo: entramos en su propiedad sin autorización alguna y venimos con el fin de vengar la muerte de nuestro padre el arquitecto Sethon. Somos sus dos hijos y él nos dijo antes de morir como debíamos hacer para abrir las puertas.

Inmediatamente un hijo de Sethon tomó a Silvapura de los brazos sosteniéndolo. mientras el otro lo ataba con un fuerte lazo. una vez atado. cargándoselo se dirigieron hacia afuera donde lo esperaban dos compañeros. quienes después de un cambio de palabras siguieron a los dos huérfanos.

El rajá pedía misericordia a cada paso que daban sus enemigos, pero ellos no le respondían. Después de un largo camino. llegaron a un bosque lejano. donde depositaron al rajá, y le dieron una muerte muy sacrificada. el pobre rajá se había salvado de una muerte espantosa para caer en otra peor.

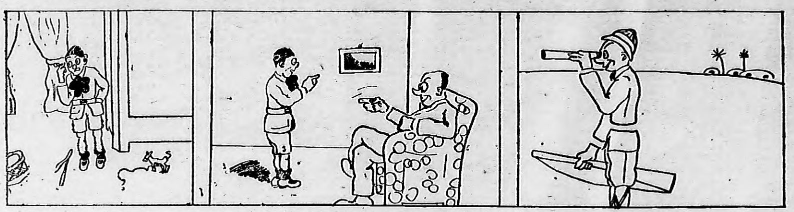
Los huérfanos y sus compañeros volvieron a donde horas antes habían tomado prisionero a Silvapura y cargando todo el oro se dirigieron a su casa vengando así la muerte de su padre.

.PEDRO PERRI.



—¿Y no tienes hermanas..., ni un hermano pequeño? ¿Pues entonces a quién pegas en casa?

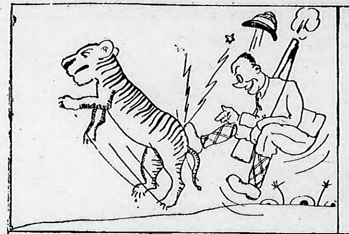
AVENTURAS VALIENTES DEL TIO DE CACHIRULO EN AFRICA



Cachirulo, cansado de jugar con sus juguetes va a que su tío le cuente alguna de sus aventuras.

Tío, usted que corrió tanto mundo, cuénteme alguna aventura. Voy a complacerte.

Una vez, en mis correrías por Africa, de pronto vi ante mí una fiera.



No creas que me asusté; con este coraje que me caracteriza, di tal puntapié al bicho...

Otra vez, me sale al paso un elefante y, tan grande como es, se puso a temblar al ver mi valentía.



¡Ah!, pero eso no es nada. Otra vez...

Me encontré frente a un jaguar sin un arma para la defensa.

No creas que me acobardé; saqué un retrato que llevaba de mi suegro...



... y la fiera, dando un terrible aullido, fué a ocultarse en lo más escabroso de la selva.

Tío, ¡mira qué ratoncito tan chiquito! ¡Qué lindo bichito!

¡Por favor Cachirulo, mátalo, que me va a morder!